



LA «CENTESIMUS ANNUS»: UNA GUÍA PARA EL FUTURO

EUSEBIO BASAURI

Una de las principales diferencias entre la *Rerum Novarum*, de León XIII, y la encíclica con la que Juan Pablo II ha querido rendirle homenaje, es la distinta acogida que ambas recibieron en su día. Mientras que la encíclica *Centesimus annus* ha recibido más alabanzas que críticas, el documento del Papa Pecci fue muy duramente criticado, no sólo en los ambientes liberales sino también entre los propios católicos¹. Se cuenta que en España, en algunos círculos integristas (Nocedal), se rezaba cada día por la salvación del alma del Papa Pecci, pues se pensaba que en la defensa del obrero había ido demasiado lejos.

Por el contrario, las alabanzas al reciente texto pontificio proceden de muy diversas instancias. Y me parece que son más significativas que las críticas, por cuanto delatan de qué modo se entiende el mensaje de la Doctrina Social de la Iglesia. Pienso que vale la pena detenerse un momento a considerar este llamativo interés, pues no deja de ser notable que, desde Washington a la ciudad eterna, pasando por París, numerosos medios de comunicación hayan comentado positivamente el último documento pontificio.

Así, para los Titulares del *New York Times*: «El Papa ofrece un cualificado apoyo al mercado libre después de la caída del marxismo». «Bendiciones al mercado», encabezaba el *Newsweek* un artículo que hablaba sin rodeos del «entusiasmo con el que Juan Pablo II abraza la economía de mercado». Igualmente, en *Wall Street Journal*, el teólogo Richard John

1. Gonzalo REDONDO, *La Iglesia en el mundo contemporáneo*, vol. II, Ed. Eunsá, Pamplona 1979, p. 80-1.



Neuhaus afirmaba que: «el capitalismo es el corolario económico de la comprensión cristiana de la naturaleza y del destino de la humanidad». En *The Washington Post*, Michael Novak señalaba: «Es evidente que Juan Pablo II apoya las instituciones democráticas más que ninguno de sus predecesores y las ve como la mejor salvaguarda de los derechos humanos. También es patente que sostiene una especie de capitalismo reformado».

De la misma manera, en Francia, mientras el conservador *Le Figaro* exultaba por la «despiadada» condena del marxismo y el comunista *L'Humanité* se alegraba por tan viva crítica del liberalismo, para el director de *Le Nouvel Observateur*, Juan Pablo II es «un hombre de gran estatura política, un hombre de fe, un cruzado indomable». De una cruzada que, por un lado se enfrenta al avance del Islam —que «en algunas partes del mundo pretende ser la única alternativa al moribundo marxismo leninismo»— y, por otro, «constituye un incentivo a estimular la creatividad democrática y a volver a encontrar la imaginación y el empuje que dieron a la Ilustración su contagioso dinamismo».

Sin embargo, la apoteosis del entusiasmo la ha dado Italia, en donde, desde *L'Unita* al *Corriere della Sera*, coinciden en aclamar la *Centesimus annus*. Por ejemplo, *La Repubblica* titulaba: «A la clase política le gusta el documento Vaticano», pero tratando de llevarse el agua a su molino. Mientras el diario comunista *Il Manifesto* encabezaba: «Wojtila, el anticapitalista», el periódico *La Stampa*, del grupo Agnelli, subrayaba: «el Papa bendice el mercado»².

Es casi inevitable preguntarse: ¿Es realmente posible que, desde posicionamientos tan contrapuestos como los anteriormente citados, se pueda coincidir en el mismo reconocimiento? Es fácil encontrar en valoraciones tan diversas un denominador común: cada uno subraya en la *Centesimus annus* sus personales puntos de vista.

Tal vez la opinión más representativa de esta tendencia a refrendar las propias tesis en el documento pontificio la haya dado el economista liberal americano John Galbraith, autor de *La sociedad opulenta*: «tengo la impresión de que en este documento el Santo Padre está en mi dirección»³.

Con todo, también se han hecho oír algunas críticas. Algunos medios han aprovechado la *Centesimus annus* para recordarnos su particular vi-

2. Gianni CARDINALE, *30 Días*, 45 (1991) 30-3.

3. *ABC*, 25.06.91.



sión de la Iglesia y del Papa. En este sentido, se puede decir que era casi inevitable que *El País* aprovechara la ocasión para acusar al Papa de querer instaurar una «socialteocracia» y le reprochara la ausencia de reflexión autocrítica sobre un pasado «en el que la Iglesia fue tradicionalmente la mejor aliada de los sistemas capitalistas más rígidos». Ciertamente, las críticas del diario madrileño parece que se han esclerotizado en lo que se refiere a estas cuestiones. Al menos sus homólogos, el francés *Liberation* y el italiano *La Repubblica*, son más originales y no repiten cliché, así, mientras el primero se desentiende de la Encíclica, el segundo le dedica un largo editorial, en el que afirma que la *Centesimus annus* no es un documento anticapitalista. «Es más bien el documento de un intelectual imbuido de filosofía alemana y de mesianismo eslavo y dotado de un fuerte espíritu místico»⁴.

No quisiera alargarme en este apunte marginal al documento pontificio. Es cierto que, en la lectura de cualquier texto proyectamos inevitablemente nuestras propias valoraciones sobre los acontecimientos a los que se hace referencia, por lo que las interpretaciones pueden ser tantas como autores y situaciones. Resulta necesario, por tanto, acercarse al texto en su totalidad, sin preocuparse excesivamente de las distintas «lecturas».

Antes de nada, es importante indicar que Juan Pablo II ha redefinido el *status* epistemológico de la doctrina social de la Iglesia, que se encontraba como «barco varado» entre la Filosofía social y la Teología. Ya en la *Sollicitudò rei socialis* definió la doctrina social como Teología moral y la última Encíclica muestra hasta qué punto es fecundo este posicionamiento, abierto a desarrollos posteriores.

I. MILLONES DE HOMBRES SE HAN INSPIRADO EN LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Entrando en la materia del documento, en primer lugar la Encíclica *Centesimus annus* hace un reconocimiento explícito de la influencia de la doctrina social de la Iglesia, pues *millones de hombres se han inspirado en ella* (cfr. CA, n. 3 y 4). Esta afirmación es de estricta justicia, porque, durante muchos años, se venía acusando a la doctrina social de ser «excesivamente nocional y teórica». Y, ciertamente, en todos los grandes documentos sociales, desde León XIII, pasando por Pío XII, Juan XXIII hasta Pablo

4. G. CARDINALE, *ibidem*.



VI, los Papas hacen apremiantes llamadas a poner en práctica sus principios. También Juan Pablo II señala que «*el mensaje social del Evangelio no debe considerarse como una teoría, sino como un mensaje se hará creíble por el testimonio de las obras*, antes que por su coherencia y lógica interna» (*ibidem*, 2). Pero esto no significa que la voz de los Romanos Pontífices haya caído en saco roto. Desde las leyes sociales aprobadas en la Asamblea legislativa francesa promovidas por diputados católicos poco tiempo después de la publicación de la *Rerum Novarum*⁵ o las iniciativas del Instituto de Reformas Sociales en la España de principios de siglo, hasta la legislación social de la República Federal Alemana, en la segunda posguerra mundial, se puede seguir un *iter* fecundo de la influencia de la enseñanza social de la Iglesia⁶. Sin embargo, no permite ningún triunfalismo, pues parece evidente que, si bien el influjo de la *Rerum Novarum* y el magisterio social tuvieron una notable influencia entre los últimos años del siglo XIX y primeros del XX en numerosas reformas introducidas en los sectores de la previsión social —las pensiones, los seguros de enfermedad y los de accidentes (cfr. CA, n. 15, *in fine*)—, su anuncio profético no fue plenamente acogido en su tiempo, lo que ha dado origen a graves desgracias (cfr. CA, n. 16, *in fine*).

Efectivamente, la historia de nuestro siglo no permite concluir que los ideales cristianos hayan orientado decisivamente los principales acontecimientos históricos. Basta mirar hacia Latinoamérica —con sus dramáticos problemas de desigualdad y hambre—, para comprobar que no todos los católicos han sido consecuentes con su fe en la vida económica y social.

Sin embargo, entiendo que el influjo de la doctrina social en millones de hombres no ha sido suficientemente reconocido, también porque actúa principalmente en el nivel de la conciencia⁷. Algo que difícilmente registra

5. Cfr. J. ROGER RIVIERE, *Historia de los movimientos sociales*, Ed. Confederación Española de Cajas de Ahorros, Madrid 1970, p. 291.

6. T. MAZOWIECKI, primer ministro no comunista en Polonia, antes de la caída del muro, relata en su obra *Un autre visage de l'Europe*, cómo millones de polacos fueron llamados a la esperanza con la llegada de Juan Pablo II al Pontificado. «Nos ha dejado el código de los valores fundamentales para la época de sufrimiento y adversidad que vivimos. Se ha dirigido a millones de hombres, al mundo del trabajo, a la juventud, a cada uno de nosotros. Sus homilias son el catecismo social de Polonia».

7. Es «en el corazón del hombre, donde tiene lugar la contribución específica y decisiva de la Iglesia en favor de la verdadera cultura» (cfr. CA, n. 51, 1). Además, para la doctrina social, como «en los regímenes totalitarios y autoritarios se ha extremado el principio de la primacía de la fuerza sobre la razón... hay que invertir los términos de ese principio y reconocer íntegramente los derechos de la



la historia, pero que tiene evidentes consecuencias prácticas. Pues, ¿acaso no se puede decir que la enseñanza social está actuando de modo operativo, en los 200.000 misioneros —religiosos y seculares— que trabajan en la actualidad, principalmente en los países más pobres del mundo?

II. LA REFUTACIÓN DEL MARXISMO EN LA PRAXIS

También se ha dicho durante muchos años que la doctrina social venía a consolidar el sistema. Particularmente esta afirmación procedía de los medios intelectuales marxistas y también de otros ambientes —incluso eclesiásticos—, que repetían las mismas valoraciones. Justamente, han sido los hechos los que han demostrado que la enseñanza de la Iglesia no era un artículo de museo. En el año decisivo de 1989, las grandes *revueltas polacas, en nombre de la solidaridad* (cfr. CA, n. 23, 1), han marcado el inicio de un proceso incontenible. Y, para escarnio de Marx, han sido «las muchedumbres de los trabajadores las que han desautorizado la ideología que pretendía ser su voz, encontrando y como descubriendo de nuevo expresiones y principios de la doctrina social de la Iglesia, partiendo de la experiencia vivida y difícil del trabajo de la opresión» (ibidem). Podemos decir, utilizando la terminología del discurso marxiano, que en el nivel de la praxis se ha mostrado la contradicción del sistema que prometía el paraíso en la tierra, tras un proceso revolucionario guiado por el proletariado. Ya que han sido los propios obreros polacos los protagonistas del cambio: primero, en las huelgas de Danzs, encabezados por un joven electricista, Lech Walesa; luego, en las revueltas generalizadas en todo el país por el sindicato «Solidarinosk». ¿Recuerdan Vds. aquellas largas filas de obreros en huelga, en los astilleros Lenin de Danzs, en agosto de 1980, que se disponían a confesarse para comulgar? Evidentemente eran obreros católicos que no tenían ningún respeto humano en manifestar su fe, que era para ellos el principal aliento para buscar ámbitos de libertad, en un sistema opresor de las libertades más esenciales.

Además, *«mientras el marxismo consideraba que, únicamente llevando hasta el extremo las contradicciones sociales, era posible darles solución por medio del choque violento, en cambio las luchas que han conducido a la caída*

conciencia humana vinculada solamente a la verdad natural y revelada. En el reconocimiento de estos derechos consiste el fundamento primario de todo ordenamiento político auténticamente libre» (CA, n. 29, 1).

del marxismo insisten tenazmente en intentar todas las vías de la negociación, del diálogo, del testimonio de la verdad, apelando a la conciencia del adversario y tratando de despertar en éste el sentido de la común dignidad humana». (CA, n. 23, 2).

Ante refutaciones tan evidentes de la ideología marxista, no es extraño que algunos teóricos del marxismo se consuelen pensando que algo ha fallado, pues el socialismo real, lejos de llevar a los pueblos que lo han padecido hacia mejores niveles de justicia y desarrollo, los ha sumido en la desmoralización y el estancamiento, haciendo patente que la utopía de la sociedad sin clases ha degenerado en un capitalismo de Estado, con sus castas cerradas y los obreros en pésimas condiciones de vida. Es verdad que todas estas cosas eran evidentes desde la década de los 60, cuando los tanques rusos (agosto 1968) acabaron con el intento del «socialismo de rostro humano», en el aplastamiento de la Primavera de Praga. Incluso, mucho antes ya se habían anunciado las quiebras del marxismo desde la ortodoxia marxista (György Lukács, *Historia y conciencia de clase*, 1922); si bien, ha sido preciso llegar hasta el límite en las contradicciones del sistema, para que se viniera abajo, como un castillo de naipes, lo que aparecía firme como una fortaleza de acero⁸.

A pesar de todo, no es difícil encontrarse todavía algún nostálgico de Marx, repitiendo con resignación aquello del filósofo: ¿no es eso, no es eso!?

8. Las obras de autores del este europeo, procedentes del partido comunista, que denunciaban los horrores del sistema eran conocidas en Occidente con detalle: Molotov Diljas (*La nueva clase dirigente*); Alexander Solzhenitsyn (*El archipiélago Gulag*) etc. Con todo, para la mayor parte de los intelectuales que conocían el sistema comunista, su derrumbamiento en 1989, ha sido una sorpresa.

C. MILOSZ, poeta polaco y Nobel de literatura en 1981, autor de *El pensamiento cautivo* (editado en castellano en Puerto Rico), que trata del papel de los intelectuales en los regímenes comunistas, decía recientemente: «al escribir este libro (1950-1) nunca pensé que habría podido ver el fin del comunismo. Pensaba que el fenómeno de la seducción intelectual y el miedo forman una combinación muy difícil de abolir y el imperio de la URSS parecía enormemente fuerte. Parecía que iba a durar mucho tiempo» (entrevista en *ABC* 30.VI.91).

En este sentido, incluso en la *Sollicitudo rei socialis*, publicada sólo un años antes de la caída del muro, nada parece apuntar que se vislumbren —de algún modo— los acontecimientos posteriores.

9. Para el conocido catedrático de Estructura económica, Ramón Tamames: «El marxismo no ha muerto, sólo pasa por unos malos momentos. Pero que tengan cuidado que volveremos» (entrevista en el diario *La Región* (Orense) 2.IX.1991, p. 17).



III. EL ERROR ANTROPOLÓGICO DEL SOCIALISMO Y LA LIBERTAD QUE SE SEPARA DE LA VERDAD DEL HOMBRE

Si el socialismo real ha fracasado, no es sólo por su incapacidad para organizar la sociedad y conducir la economía, sino porque en su concepción del hombre se dan las premisas necesarias para organizar el sistema socio-económico contra el propio hombre. De manera explícita, para Juan Pablo II, «*el error fundamental del socialismo es de carácter antropológico: considera a todo hombre, como un simple elemento y una molécula del organismo social*» (CA, n. 13, 1). Por lo que la persona queda reducida a un engranaje del mecanismo social y, en consecuencia, el bien del individuo se subordina al funcionamiento del mecanismo económico social.

Para el magisterio Pontificio: «*la causa principal de esta errónea concepción es el ateísmo, que priva de su fundamento a la persona y, consiguientemente, la induce a organizar el orden social prescindiendo de la dignidad y responsabilidad de la persona*» (CA, n. 13, 3).

Hasta aquí lo que se venía diciendo en la enseñanza social de la Iglesia. Pero hemos oído tantas veces que ésta se presentaba como una vía intermedia entre el socialismo y el capitalismo, que a continuación se podía esperar que en la *Centesimus annus* se hablase del error antropológico del capitalismo. Algo de esto se puede entender cuando se afirma que el ateísmo, que está en la base del pensamiento socialista, tiene estrecha relación con el *racionalismo iluminista*, que concibe la realidad humana y social del hombre de manera *mecanicista* (cfr. CA, error antropológico del capitalismo)¹⁰.

También que en este punto, el Papa hace una contribución clarificadora a la doctrina social. Porque es evidente que la Iglesia viene condenando los excesos del capitalismo desde hace cien años.

No podemos olvidar que el socialismo se difunde entre las masas proletarias, como reacción a las injusticias del capitalismo; pero éste es un

10. Con todo, es claro que: «*la sociedad del bienestar o sociedad de consumo, al negar su existencia autónoma y su valor a la moral y al derecho, así como a la cultura y a la religión, coincide con el marxismo en reducir al hombre a la esfera de lo económico y a la satisfacción de las necesidades materiales*» (CA, n. 19, *in fine*). «*A pesar de los grandes cambios acaecidos en las sociedades más avanzadas, las carencias humanas del capitalismo, con el consiguiente dominio de las cosas sobre los hombres, están lejos de haber desaparecido; es más, para los pobres, a la falta de bienes materiales se ha añadido la del saber y de conocimientos, que les impide salir del estado de humillante dependencia*» (CA, n. 33, 2).



sistema que nace en la matriz del liberalismo. Y por más que las correcciones del magisterio a este sistema sean bien precisas, en último término no se pueden equiparar a las que se derivan del ateísmo socialista. Porque «los males frente a los que reaccionó la *Rerum Novarum*, derivan de una libertad que se separa de la verdad del hombre, en la esfera de lo económico y social» (cfr. CA, N. 4 y 17). Pero no es lo mismo crear un sistema basándose en que Dios no existe, que separarse de la verdad plena del hombre. En el primer caso, el intento está condenado a desaparecer; mientras que, en el segundo, cabe esperar que pueda ser recuperado, si es capaz de asumir e integrar los múltiples aspectos que se derivan de la verdad completa del hombre.

IV. LA DOCTRINA SOCIAL NO ES UNA TERCERA VÍA ENTRE EL CAPITALISMO Y EL SOCIALISMO

Evidentemente, no es que la enseñanza social de la Iglesia trate de distinto modo al socialismo que al capitalismo, en cuanto doctrinas económicas ni al marxismo y al liberalismo, en cuanto ideologías políticas, pues para una y otra las correcciones y críticas se deducen desde la *Rerum Novarum*, pero desde una perspectiva que no es propiamente ni la política, ni la economía. Porque, digámoslo bien claro, la Iglesia no tiene una doctrina sobre la economía, ni sobre la política; la Iglesia, lo que tiene es una doctrina sobre el hombre, que le ha sido revelada en el Hijo del Hombre y, a la luz de esta doctrina, tiene una palabra que decir sobre la economía y sobre la política.

Entiendo que éste es el planteamiento de la última encíclica cuando afirma que: «La Iglesia no tiene modelos para proponer. Ofrece como orientación ideal e indispensable la doctrina social» (CA, n. 43, 1). El sentido de esta afirmación se repite en el documento de Juan Pablo II en numerosas ocasiones. Así, por ejemplo, cuando se afirma que «se puede hablar justamente de lucha contra un sistema económico entendido como método que asegura el predominio absoluto del capital» (capitalismo). Se aclara que «no se pone, como modelo alternativo, el sistema socialista, sino una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación» (CA, n. 35, 2). Sociedad que «tampoco se opone al mercado, sino que exige que éste sea controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda la sociedad» (*ibidem*).



En consecuencia, *no cabe definir a la doctrina social de la Iglesia como tercera vía entre el socialismo y el capitalismo*, por la sencilla razón de que la Iglesia nunca ha pretendido poseer una doctrina económica. Como tampoco se puede buscar en el magisterio Pontificio ninguna fórmula para avallar una doctrina política, pues la Iglesia, que «respeta la legítima autonomía del orden democrático, no posee título alguno para expresar preferencias por una u otra solución constitucional» (CA, n. 47, 3).

Lo que sí cabe esperar de la enseñanza social de la Iglesia es una palabra de orientación, cuando el sistema económico o un proyecto político se alejan de una correcta concepción del hombre. En este sentido, en la *Centessimus annus* se repiten las puntualizaciones al sistema económico que fía al mercado la solución de todos los problemas (cfr. CA, n. 42, 3) o al sistema político que deriva hacia una democracia sin valores, antesala del totalitarismo¹¹.

V. HACIA UN NUEVO SISTEMA ÉTICO-CULTURAL

La Iglesia, que no tiene una doctrina sobre la economía ni sobre la política, ¿qué puede aportar a la vida en sociedad? Puede aportar, justamente, lo que ésta no encuentra en la economía ni en la política: *una visión del hombre*, que ilumina todas las realidades sociales y que le permite decir, sin ningún complejo en cada momento de la historia, lo que sólo la Iglesia es capaz de decir, a contracorriente de la tendencia preponderante o abriendo horizontes nuevos. Así, cuando en la Europa de los años 30 se imponen los totalitarismos, Pio XI dirá claramente «*que no es el hombre para el Estado, sino el Estado para el hombre*» (*Quadragesimo anno*). Y cuando, en la década de los 60, el desarrollo se entiende en clave puramente economicista y tecnocrática, Pablo VI dirá que: «*el desarrollo, que es el nue-*

11. «*La raíz del totalitarismo moderno está en la negación de la dignidad trascendente de la persona humana, imagen visible de Dios y, precisamente por esto, sujeto natural de derecho, que nadie puede violar: ni el individuo, la clase social o el Estado*» (CA, n. 44, 2).

«*Una democracia sin valores, se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia*» (CA, n. 46, 2). Porque «*si no existe una verdad última, la cual guía la acción política, entonces las ideas y convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder*» (*ibidem*).

«*También en los países donde están vigentes formas de gobierno democráticas no siempre son respetados totalmente los derechos humanos, como en el escándalo del aborto*» (CA, n. 47, 2).

uo nombre de la paz, debe respetar y promover los derechos humanos (*Populorum progressio*)»¹².

Del mismo modo que en este fin de siglo, cuando el capitalismo está en su momento de apogeo y el socialismo real es abandonado por sus promotores de manera clamorosa¹³, Juan Pablo II advierte del «*peligro de que se difunda una ideología radical de tipo capitalista*, que incluso, rechaza tomar en consideración los problemas de ingentes muchedumbres que viven en condiciones de gran miseria material y moral, porque a priori considera condenados al fracaso todo intento de afrontarlo y que de forma fideista, confía su solución al libre desarrollo de las fuerzas del mercado» (CA, n. 42, 3).

Nadie niega al mercado su capacidad de ordenar la actividad económica de la manera más racional, pero lo que el Papa rechaza es esa actitud fideista, que atribuye al mercado la solución para todos los problemas del sistema económico. *Porque la cuestión* —y entramos en lo que definiría como clave hermenéutica de este documento— *no es tanto encontrar otro sistema económico, cuanto orientar el que parece que mejor funciona, en un sentido más acorde con la verdad total del hombre.*

Me parece que la encíclica lo expresa de un modo diáfano al afirmar que sus críticas al consumismo y sus secuelas (droga, aborto o «guerra química» contra el hombre etc.), «*van dirigidas, no tanto contra un sistema económico, cuanto contra un sistema ético-cultural.* La economía es sólo un aspecto de la compleja actividad humana. Si es absolutizada, *si la producción y el consumo se convierten en el único centro de la vida social, la causa hay que buscarla, no tanto en el sistema económico, cuanto en el sistema ético-cultural, que se ha debilitado al ignorar la dimensión ético religiosa, limitándose únicamente a la producción de bienes y servicios*» (CA, n. 39, 4)¹⁴.

12. La conexión intrínseca entre desarrollo auténtico y respeto a los derechos del hombre demuestra una vez más su carácter moral. No sería verdaderamente digno del hombre un desarrollo que no respetara y promoviera los derechos humanos. En primer lugar, el elemental derecho a la vida humana desde su concepción (cfr. CA, n. 33, 1). Por contraste, cabe recordar la frase del gobernador del Banco Mundial en los años finales de la década de los 60, Robert Mac Námara, que fue también Secretario de Defensa con J. F. Kennedy: «Para mi país, vale más 1 dólar en planificación familiar que 1 dólar en desarrollo».

13. Piensen, por ejemplo, en lo que supone que el Presidente electo de la República Rusa, Sr. Yeltsín, viaje a los Estados Unidos —antes de la revolución de agosto del 91—, para estudiar en la Fundación Hoover el más puro sistema capitalista.

14. En este mismo sentido —vid. CA, n. 58, 1— se trata de cambiar «sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad». Porque, para la Iglesia: «*no es malo el deseo*



Tengo la impresión de que *Centesimus annus* indica el horizonte de la reforma para los años venideros en el sistema ético-cultural por diversas razones:

1. Porque es justamente en la cultura donde el hombre se manifiesta de manera más completa. Juan Pablo II afirma que no es posible comprender al hombre unilateralmente desde la economía, porque no es sólo un productor o consumidor. Al hombre concreto se le conoce más desde su lengua, su historia y sus actitudes ante los acontecimientos decisivos en la vida humana.

2. Porque en las mismas opciones económicas se deciden, en último término, cuestiones éticas. Un inversor es capaz de arriesgar si confía en la seguridad de un país o si entiende que su dinero debe contribuir a crear riqueza y no a permanecer guardado.

3. Por último, se va abriendo paso una nueva sensibilidad, que apunta en este sentido de dar primacía a las consideraciones ético-culturales. Piensen en la cuestión ecológica: ya nadie desconoce que no se puede actuar impunemente contra la naturaleza, sin causar un grave perjuicio a la sociedad en su conjunto; y que es necesario cambiar los estilos de vida, para evitar el despilfarro de los recursos ambientales y humanos¹⁵.

VI. AL SERVICIO DEL HOMBRE

¿Cuál es el sistema ético-cultural que propone la Iglesia? El que se deriva de su concepción del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios y, en consecuencia, de una dignidad superior a cualquier otra realidad. Un hombre que no puede ser alienado ni manipulado, lo que se traduce en una regla fundamental: que es preciso tratar siempre al hombre como fin

de vivir mejor, sino que, es equivocado el estilo de vida que se presume como mejor cuando está orientado a tener y no a ser, y que quiere tener más, no para ser más, sino para consumir la propia existencia, en un *goce que se propone como fin en sí mismo*» (CA, n. 36, 4).

15. «En la raíz de la insensata destrucción del ambiente natural hay un error antropológico, por desgracia muy difundido en nuestro tiempo». Consiste en olvidar que el trabajo que transforma la creación se desarrolla sobre la base de la primera donación de las cosas por parte de Dios. También creer que se puede disponer arbitrariamente de la tierra, sometiéndola sin reservas a su voluntad, como si no tuviese una fisonomía propia y un destino anterior, dado por Dios, y que el hombre no puede traicionar, provocando la rebelión de la naturaleza, más bien tiranizada que gobernada por él (CA, n. 37, 1).

y no como medio¹⁶. Sistema que —sin ánimo de ser exhaustivo— me atrevo a enunciar, en sus fundamentos y propuestas, siguiendo la guía de *Centesimus annus*. Agrupando las líneas de fuerza de la encíclica, en 5 principios fundamentales y 8 propuestas, para el ámbito de la economía y la política, siguiendo una enumeración que no guarda necesariamente, un orden de prioridades.

1. Fundamentos

a) *Concepción antropológica*: La aportación que la Iglesia ofrece es el concepto de la *dignidad de la persona*, que se manifiesta en toda su plenitud en el misterio del Verbo encarnado (cfr. CA, n. 47, in fine).

16. Lo ha expresado acertadamente el sociólogo americano Daniel Bell: «la economía de mercado sirve como mecanismo, pero no como fin. Se trata de dar cabida a un marco donde los valores humanos entren en juego. Ahí es donde entiendo por qué tiene razón lo que apuntaba Juan Pablo II con su encíclica *Centesimus annus*, que es todo un programa de humanización de la sociedad y, en concreto, de las relaciones económicas» (ABC, 6.7.91).

Pues aunque la economía de mercado —como parece estar generalmente aceptado— genera riqueza, no está claro que distribuya esa riqueza del mejor modo. La prueba evidente la dan esas bolsas de pobreza que en los mismos países capitalistas testimonian la incapacidad del sistema para erradicar la miseria. También esas multitudes de hombres que en los países del tercer mundo apenas perciben las migajas de los países ricos. Es frecuente oír que la raíz de su problema consiste en que no se integran en la economía capitalista y que se han empeñado en seguir las vías del socialismo del que ahora tratan de desprenderse a marchas forzadas. Pero esta objeción resulta inconsistente, porque lo cierto es que en muchos casos, esos países cayeron en el área de influencia de la economía planificada, por rechazo a los países colonizadores de economía capitalista.

Además, hay otra dificultad añadida para los países del tercer mundo, en su intento por acercarse al nivel de los países desarrollados. Como el desarrollo tecnológico implica que los trabajadores tienen que reciclarse para estar al día, las dificultades de los países pobres se agravan, porque carecen de mano de obra especializada y porque tampoco disponen de los medios económicos para financiar su reciclaje.

«Da la impresión de que, tanto a nivel de Naciones, como de relaciones internacionales, el libre mercado sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades. Sin embargo, esto vale sólo para aquellas necesidades que son solventables, con poder adquisitivo, y para aquellos recursos que son vendibles, esto es, capaces de alcanzar un precio conveniente. Pero existen numerosas necesidades humanas que no tiene salida en el mercado. Es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que queden si satisfacer las necesidades humanas fundamentales y que perezcan los hombres oprimidos por ellas» (CA, n. 34, 1).

Se corre el riesgo de una *idolatría del mercado*, que ignora la existencia de bienes que, por su naturaleza, no pueden ser simples mercancías (cfr. CA, n. 40, 2).



«Para la Iglesia, el hombre es la *única criatura que Dios ha querido por sí misma* (*Gaudium et Spes*, n. 24) y sobre la cual tiene su proyecto, es decir, la *participación en la salvación eterna*» (CA, n. 53, 1).

Por eso, la doctrina social de la Iglesia, que «*se propone ayudar al hombre en el camino de la salvación*», tiene de por sí el valor de un *instrumento de evangelización*: en cuanto tal, anuncia a Dios y su misterio de salvación en Cristo a todo hombre y, por la misma razón, revela al hombre a sí mismo» (CA, n. 55, 2).

b) En realidad, *la antropología cristiana es un capítulo de la teología*, pues la Iglesia conoce el sentido del hombre por la Revelación (cfr. CA, n. 55, 2). Y la *doctrina social es teología moral* al interesarse por el *hombre y su comportamiento en el mundo*.

«*La dimensión teológica se hace necesaria para interpretar y resolver los actuales problemas de la convivencia humana. Lo cual es válido —hay que subrayarlo— tanto para la solución «atea», que priva al hombre de una parte esencial —la espiritual—, como para las soluciones permisivas o consumísticas, que tratan de convencer al hombre de su independencia de toda ley y de Dios, encerrándole en un egoísmo que termina por perjudicarlo a él y a los demás*» (*ibidem*).

c) La Iglesia, «*signo y salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana*» (*Gaudium et spes*, n. 76), sabe que, «*aparte de los derechos que el hombre adquiere por su propio trabajo, hay otros derechos que no proceden de ninguna obra realizada por él, sino de su dignidad de persona*» (CA, n. 11, *in fine*).

Los *derechos humanos* tienen su fundamento en la dignidad trascendente de la persona, imagen visible de Dios y, por eso, sujeto natural de derechos, que nadie puede violar: ni el individuo ni la clase social ni el Estado. (cfr CA, N. 44, 2).

d) Para la doctrina social de la Iglesia *la opción por los pobres es preferencial*, pero nunca exclusiva ni discriminatoria. Esta preferencia no vale sólo para la pobreza económica, sino también para la pobreza cultural y religiosa (cfr. CA, n. 57, 2): «*El amor por el hombre, y en primer lugar por el pobre, se concreta en la promoción de la justicia*» (CA, n. 58, 1).

e) Por último, «*la Iglesia, al ratificar constantemente la trascendente dignidad de la persona, utiliza como método propio el respeto de la libertad*» (CA, n. 46, 3).

Esta libertad es plenamente valorada sólo por la aceptación de la verdad. En un mundo sin verdad, la libertad pierde su consistencia y el hom-



bre queda expuesto a la violencia de las pasiones y a condicionamientos patentes o encubiertos. (cfr CA, n. 39, *in fine*)¹⁷.

2. Propuestas

1. Sistema económico

- Cinco propuestas en el ámbito nacional
- Tres para las relaciones económicas entre pueblos

A. Nivel Nacional:

a) En la base de todas las propuestas para la economía está la concepción del *trabajo*: para la *Centessimus annus* es preciso superar la *alineación* que se da en el trabajo, cuando se organiza para maximizar los resultados, olvidándose de que el trabajador se realice como hombre (cfr. CA, n. 41, 2)¹⁸. Porque, antes que nada, el trabajo es vocación del hombre y debe respetarse la subjetividad del trabajo (cfr. *Laborem exercens*, n. 7).

Hoy en día, el factor decisivo de la producción es, cada vez más, el hombre mismo con su capacidad de conocimiento (técnica y organización) pues trabajar es trabajar con otros y para otros (cfr. CA, n. 32 *in fine*). Sin embargo, *Centessimus annus* constata que para muchos hombres, siguen vigentes las reglas del capitalismo primitivo y para los pobres, a falta de

17. Aquí está planteado, también, todo el tema de debate con el laicismo, para el cual: «el agnosticismo y el relativismo escéptico son la filosofía y la actitud fundamental correspondiente a las formas políticas democráticas, y que cuantos están convencidos de conocer la verdad, y se adhieren a ella con firmeza no son fiables desde el punto de vista democrático, al no aceptar que la verdad sea determinada por la mayoría o que sea variable según los diversos equilibrios políticos» (CA, n. 46, 2).

18. Es muy interesante la recuperación del concepto de alienación en el magisterio de Juan Pablo II, ya iniciada en su primera encíclica (vid. *Redemptor Hominis*, cap. III). Porque «es necesario iluminar, desde la concepción cristiana, el concepto de *alienación*, descubriendo en él la inversión entre los fines y los medios: el hombre, cuando no reconoce el valor y la grandeza de la persona en sí mismo y en el otro, se priva de hecho de la posibilidad de gozar de la propia humanidad y establecer una relación de solidaridad y comunión con los demás hombres, para lo cual fue creado por Dios. En efecto, es *mediante la propia donación libre como el hombre se realiza auténticamente a sí mismo y esta donación es posible gracias a la esencial «capacidad de trascendencia» de la persona humana*» (CA, n. 41, 3).

bienes materiales, se ha añadido la del saber y el conocimiento (cfr. CA, n. 33, 2).

b) Como segunda propuesta tenemos la doctrina de la Iglesia sobre el destino universal de los bienes de la tierra y *la propiedad privada*, que es, sin duda, un punto fuerte de la enseñanza social.

En primer lugar está el destino universal de los bienes de la creación a *todos* los hombres. Después, es claro que existe un derecho a la propiedad privada, pero que es un derecho secundario en relación al anterior; por lo que, en colisión de intereses, es evidente que tiene prioridad el derecho primario. Es por esto que Juan Pablo II viene recordando, desde el principio de su Pontificado, que sobre la propiedad privada grava una hipoteca social.

Para la *Centesimus annus*, el hombre se apropia mediante el trabajo de una parte de la tierra (cfr. CA, n. 31, 2). Apropiación que se justifica moralmente cuando crea oportunidades de trabajo y crecimiento humano para todos (cfr. CA, n. 43, 4).

c) En relación con la *empresa*, la Iglesia reconoce *la justa función de los beneficios, como un índice de la buena marcha de la empresa*, pero no es el único. *Porque la empresa no es sólo una comunidad de capitales sino de personas*, que buscan la satisfacción de sus necesidades fundamentales (cfr. CA n. 43, 2)¹⁹.

d) En cuarto lugar está el papel que *Centesimus annus* atribuye a los *Sindicatos*: «sigue siendo necesario un gran movimiento asociativo de los trabajadores cuyo objetivo es la liberación y la promoción integral de la persona» (*ibidem*) (CA, n. 35, 1).

e) Por último, en relación al *Mercado*, la Iglesia reconoce la positividad del mercado que, controlado por las fuerzas sociales y por el Estado (cfr. CA, n. 35, 2), ha de estar orientado al bien común (cfr. CA, n. 43, 1).

B. *Relaciones económicas entre las naciones*

a) *Centesimus annus* afirma que «*el mayor problema —para los países más pobres— está en conseguir un acceso equitativo al mercado internacional*» (CA, n. 33, 4).

19. «La moderna economía de empresa comporta aspectos positivos, cuya raíz es la libertad de la persona, que se expresa en el campo económico y en otros campos. En efecto, la economía es un sector de la múltiple actividad humana y en ella, como en todos los demás campos, es tan válido el derecho a la libertad como el deber de hacer uso responsable del mismo» (CA, n. 32, 4).

«Es necesario que las naciones más fuertes sepan ofrecer a las más débiles oportunidades de inserción en la vida internacional» (CA, n. 35, 4).

Se trata de ayudar a pueblos enteros, que están excluidos o marginados, a entrar en el círculo del desarrollo económico y humano (cfr. CA, n. 58, 1).

b) «Así como a nivel interno es posible y obligado constriuir una economía social, que oriente el funcionamiento del mercado hacia el bien común, del mismo modo son necesarias también intervenciones adecuadas a nivel internacional» (CA, n. 52, 2).

c) En relación con la *deuda exterior* de los países más pobres, *Centesimus annus* manifiesta que debe solucionarse (reducción, dilatación ó extinción) de acuerdo con el derecho fundamental de los pueblos a la subsistencia y al progreso (cfr. CA, n. 35, 5).

2. Sistema político:

- cinco propuestas de nivel nacional,
- tres para las relaciones internacionales.

A. Nivel Nacional

a) En la base de toda propuesta para el sistema político, *Centesimus annus* afirma que: «*en el reconocimiento de los derechos de la conciencia humana vinculada solamente a la verdad natural y revelada, consiste el fundamento primario de todo ordenamiento político auténticamente libre*». (CA, n. 29, 1).

b) Manifiesta que es preferible que, en la configuración del Estado, un poder (legislativo, judicial o ejecutivo) esté equilibrado por otros poderes y esferas de competencia. Es el principio del «Estado de derecho», en el cual es soberana la ley y no la voluntad arbitraria de las leyes (cfr. CA, n. 44, 1).

c) En tercer lugar, *Centesimus annus* confirma que la *Iglesia aprecia el sistema democrático*, en cuanto asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y la posibilidad de *elegir, controlar y sustituir* a sus gobernantes (cfr. CA, n. 46, 1).

d) Constata la encíclica cómo el intervencionismo del «*estado asistencial*» provoca el aumento del aparato burocrático, con enorme crecimiento del gasto público. Y recuerda que, también en este ámbito, debe ser respe-



tado el principio de subsidiaridad (cfr. CA, n. 48, 4) por el que una sociedad mayor, como es el Estado, no debe secuestrar las funciones de otra sociedad menor sino al contrario: orientar, estimular, coordinar, integrar y suplir en la necesidad.

e) Termina *Centesimus annus* manifestando que: «el individuo, hoy en día queda sofocado con frecuencia entre los dos polos del Estado y del mercado. En efecto, da la impresión, de que el individuo existe sólo como productor y consumidor de mercancías, o bien como objeto de la administración del Estado, mientras se olvida que la convivencia entre los hombres no tiene como fin ni el mercado ni el Estado, ya que posee en sí mismo un valor singular, a cuyo servicio deben estar el mercado y el Estado» (CA, n. 49, 2).

B. Relaciones internacionales: la cultura de la paz

a) En las relaciones internacionales, la Iglesia promueve los comportamientos humanos que favorecen la cultura de la paz, contra los modelos que anulan al hombre en la masa, ignoran el papel de su creatividad y libertad y ponen la grandeza del hombre en sus dotes para el conflicto y la guerra (cfr. CA, n. 51, 1).

b) *Centesimus annus* manifiesta que es urgente que en la comunidad internacional el imperio de la ley sustituya al sistema de la venganza privada y de represalias, como sucede dentro de los Estados (cfr. CA, n. 52, 1).

c) Recuerda, por último, cómo no hay que olvidar que, en la raíz de la guerra, hay reales razones: injusticias sufridas, miseria o explotación de grandes masas humanas, las cuales no ven posibilidad objetiva de mejorar sus condiciones por las vías de la paz. Por eso, el otro nombre de la paz es el desarrollo (*ibidem*).

VII. UN PROGRAMA DE LIBERACIÓN

En la historia, el cristianismo siempre ha comunicado a los hombres un mensaje de liberación. En el mundo clásico, del círculo de hierro de la ciega fatalidad (*fatum*), del que hablaban los poetas griegos; también de las formas de esclavitud institucionalizadas en el Imperio romano. Y, permanentemente, de las múltiples idolatrías en las que se resuelve la tendencia humana de adorar falsos dioses: llámense raza o nación, ideología o clase social, revolución o bienestar.

La doctrina social de la Iglesia propone también hoy un programa de liberación, que libera al hombre de la esclavitud de los ídolos: subordinar todo a la obtención de beneficios, pleitesía al poder del dinero, obsesión por el placer.

— Para los hombres de las sociedades consumistas, la doctrina social ofrece un programa de liberación de las dependencias en las que se resuelve el materialismo y de la esclavitud que se deriva de idolatrar el *tener*, aun a costa del *ser*.

— Para los pueblos que están saliendo del socialismo real, la doctrina social aparece como una referencia humanizadora, a fin de evitar las desigualdades del sistema económico que se funda en el mercado y la libre iniciativa.

— Para los países del tercer mundo, la enseñanza social de la Iglesia representa la voz de los desheredados, pues exige para todos igualdad de condiciones en el acceso a los mercados internacionales.

— Y para los que no tienen voz en la vida de los pueblos, la doctrina social de la Iglesia es la voz de los sin voz, que promueve la defensa del hombre en todo el arco de su vida, desde la concepción hasta la senectud.

EPÍLOGO

La *Centesimus annus*, en dos palabras, viene a recordar que el socialismo real o comunismo ha fracasado. No podía ser de otro modo, porque se trata de crear una sociedad, no ya como si Dios no existiese, sino contra Dios. Y la historia nos enseña que en ese vano intento, sufre el hombre las consecuencias de tan injusta mentira. Se abre un momento de esperanza en la historia, porqué muchos pueblos han recobrado la libertad perdida pero, si se trata de ofrecerles el materialismo de Occidente, el fracaso está también asegurado. Porque este materialismo lleva también a un ateísmo no teórico pero sí práctico, al idolatrar el bienestar a costa del bien ser²⁰.

20. Para muchos observadores, el materialismo de Occidente tiene raíces comunes con el materialismo comunista. Como ha escrito José Luis Sampedro: «El comunismo coincide plenamente con el capitalismo en adorar la técnica y la productividad y en confiarles la solución de todo. Resulta indudable que el comunismo —es decir, el capitalismo de Estado— y el modelo americano son ramas del mismo tronco: la civilización moderna. El fracaso del comunismo deja pendiente una grave interrogación: ¿Estaba muerta solamente esa rama o acaso también el resto del árbol padece la enfermedad? Muy colmado de ciencia está Occidente, pero muy pobre de sabiduría» (discurso de ingreso del catedrático en estructura económica, José Luis Sampedro, en la Real Academia, 3.6.91).



Por otra parte, al encerrar al hombre en su egoísmo, abandona a su suerte a los países subdesarrollados del tercer mundo, que son la mayor parte de la población de la tierra.

La *Centesimus annus*, que ha querido mirar hacia «las cosas nuevas de hoy», quiere, sobre todo, mirar al futuro, ante los desafíos que se le presentan a la sociedad, casi en los umbrales del tercer milenio²¹. Esta es la tarea que se encomienda a la creatividad del hombre de nuestro tiempo, razonablemente escéptico ante las utopías, que tiene en la doctrina social una guía segura para el futuro.

Con todo, algunos teólogos han echado en falta en el documento de Juan Pablo II algún elemento de utopía²². Antes de terminar permítanme que les cuente una anécdota relacionada con la utopía. Recuerdo que en octubre de 1968, en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Madrid, cuando todavía compartía sede con la de Económicas antes de su traslado a la sede actual, en una asamblea multitudinaria de estudiantes, un rumor corrió de boca en boca: ¡Que viene Cohn Bendit! ¡Que viene Cohn Bendit! Recordarán ustedes que Dany Cohn Bendit fue, junto a Rudi Dutschke, el «leader» de la revuelta estudiantil que hizo tambalearse al régimen del General De Gaulle, en Mayo del 68, al grito de ¡La imaginación al poder! y ¡Sed realistas, pedid lo imposible!

Pueden imaginar que, para los jóvenes estudiantes de la Facultad de Políticas de Madrid, con la *Ideología y Utopía* (Karl Mannheim) bajo el brazo, poder oír a Dany Cohn Bendit era como un sueño. Se trataba de escuchar a un ídolo, como ya lo eran los Beatles ó los Rolings Stones: un ídolo que personifica la utopía.

21. «La fe cristiana, al no ser ideológica, no pretende encuadrar en un rígido esquema la cambiante realidad sociopolítica y reconoce que la vida del hombre se desarrolla en la historia en condiciones diversas y no perfectas» (CA, n. 46, 3). Porque, frente a la ingenuidad de que con la aparatosa caída de los totalitarismos del este habíamos llegado al «Final de la historia» (Francis Fukuyama, 1989), la guerra del golfo y las explosiones nacionalistas en la antigua URSS y Yugoslavia nos recuerdan que la Historia sigue su proceso, imprevisible de algún modo, y siempre abierto a las determinaciones de la libertad de los hombres.

22. El teólogo madrileño Luis González-Carvajal ha escrito al respecto: «*Eu boitei en falta na encíclica algún toque de utopía. Naturalmente, ben sei que a pobreza do noso tempo radica en que ninguén ten modelos alternativos e que nas últimas décadas todos tivemos que incorpora-lo realismo ás nosas ideas sociais. Pero en algo debería notarse que a Doutrina Social da Igrexa se sitúa a un nivel distinto dos sistemas económicos. A ela non se lle pide que elabore unha alternativa técnica ós mesmos (CA 43, a), pero si que nos inquiete para que procuremos outros.*» (Luis González-Carvajal, *Luces e sombras da Centesimus annus*, en la Revista *Encrucillada*, n. 73, 1991).



Que viene Cohn Bendit! Toda la mañana esperando y... Cohn Bendit no apareció. Con un cierto sentido de frustración, abandonamos la asamblea entre desanimados y contrariados. Cohn Bendit no llegó, pero cuando se cumplieron las dos décadas de aquel famoso Mayo del 68, me interesé por seguir la trayectoria de quien con Rudi Dutsché, hizo tambalearse el «sistema capitalista-burgués». Para mi decepción, ambos jóvenes revolucionarios, al cabo de 20 años, se habían convertido —como tantos otros líderes del movimiento estudiantil— en dos típicos representantes del sistema que combatieron en su juventud. Dany «el rojo» se había transformado en Dany «el verde» y ya no pensaba en acabar con el sistema burgués, sino conseguir que el partido en el que militaba alcanzase algún escaño en el parlamento, para participar algún día en el poder. Rudy Dutsché regentaba un negocio de hostelería en la isla de Córcega.

No pude evitar acordarme de aquella asamblea multitudinaria, esperando ver llegar a quien nunca se presentó. Pensaba que, también en este siglo XX, tantos hombres han puesto sus esperanzas en utopías que nunca se han cumplido. En algunos casos, la experiencia ha concluido tras un viaje en el que sólo se han defraudado las ilusiones; en otros muchos, ha ido jalonado con una desgracia experiencia de actos contra el hombre.

¡Para Dany el rojo y Rudy Dutsché, sólo 20 años han bastado para acabar identificándose con el sistema que combatían! Y es que hay utopías que sólo alimentan ideales para algunos años. Tal vez quien quiera ideales de justicia y libertad, para configurar la sociedad a lo largo de la vida, debería abandonar la utopía y buscar en otra dirección.

Eusebio Basauri
Doctor en Teología
LA CORUÑA